

## Para perfilar las directrices de la educación lingüística y literaria en el siglo XXI<sup>7</sup>

JUAN GARCÍA ÚNICA

Universidad de Granada

España

jggu@ugr.es



**Aurora Martínez Ezquerro  
y Mar Campos Fernández-Fígares (eds.)**  
*Cultura en la diversidad.*

*Educación lingüística y literaria  
en las aulas del siglo XXI.*  
Barcelona, Octaedro, 2016.

Suele decirse, y no sin razón, que el verdadero tema de un libro no hay que buscarlo nunca en su título, sino en el subtítulo. Acaso el volumen que aquí reseñamos constituya al mismo tiempo la confirmación y la excepción de ese tópico. La confirmación en tanto estamos, qué duda cabe, ante un manual para la educación lingüística y literaria en lo que va de milenio, que es lo que indica su subtítulo. La excepción, en cambio, porque manuales de ese corte hay muchos, pero en pocos se hallará un espectro más amplio de temas, problemas, y hasta contradicciones, que en éste. Es evidente que toda esa densidad de ideas se agolpa, dicho sea de paso, como en pocos términos en los dos que figuran en el título: “cultura” y “diversidad”. El primero nos remite a una manera de entender la Didáctica de la Lengua y la Li-

teratura (en adelante DLL) que poco a poco va dejando atrás la propia idea de didáctica, esto es, la ensoñación tecnificante, para meterse de lleno en las realidades del día a día. El segundo, a una de esas realidades precisamente. Por todo ello, hablan con justicia las profesoras Martínez Ezquerro y Campos Fernández-Fígares, editoras de esta obra colectiva, cuando la definen como “el producto de una investigación cuyo tema capital es de interés para abordar y entender la «diversidad» desde múltiples perspectivas” (p. 9). Con la brevedad debida, pero esperemos que también con obligada justicia, pasamos a reseñar las tres secciones que ha de encontrarse el lector.

Se centra la primera parte de este libro en el recorrido histórico y legislativo que ha conocido la atención a la diversidad en la educación lingüística y literaria desde el siglo XIX hasta nuestros días. De recordarnos que en tal educación confluyen a día de hoy diferentes perspectivas (retórica, de conocimiento sistemático, comunicativa e intercultural) se ocupa Gabriel Núñez Ruiz, quien aboga “por un enfoque respetuoso con la diversidad cultural y con la igualdad de derechos y deberes

<sup>7</sup> Para citar este artículo: García Única, Juan (2018). Para perfilar las directrices de la educación lingüística y literaria en el siglo XXI (reseña). *Álabe* 17. [[www.revistaalabe.com](http://www.revistaalabe.com)]

que propugna la *Declaración universal de los derechos humanos*” (p. 25). El contenido más puramente legislativo de este apartado corre a cargo de Aurora Martínez Ezquerro, aunque no obstante su trabajo es, antes que nada, un más que exhaustivo análisis del concepto de diversidad, al que convenientemente sitúa, primero, en su dimensión semántica; después, en su dimensión educativa; y, finalmente, en la legislativa. Respecto a esta última, la legislativa, es difícil analizar más a fondo de lo que lo hace ella el concepto de diversidad tal como opera en la LOE y en la LOMCE. La profesora Marie-Hélène Busine Soubeyroux, a su vez, centra sus reflexiones en el problema de la variedad cultural y su transmisión en la enseñanza primaria. Atinadamente, a nuestro entender, remonta sus orígenes en España a una cierta tradición educativa liberal surgida en el siglo XIX.

Valga como balance general de esta primera parte el señalar como muy positiva la ausencia de esa forma peculiar de adanismo que, nos tememos, suele resultar habitual en una disciplina, la DLL, con frecuencia demasiado ensimismada en la tarea de proclamar a diario la existencia de “nuevos paradigmas”. La idea de diversidad que predomina aquí, si hacemos abstracción de los trabajos individuales, diera la impresión de que busca ponerse en justa perspectiva. Y para ello se parte de un hecho a nuestro juicio incuestionable: la diversidad se entiende de manera harto más rica cuando se sitúa en las tradiciones educativas que la han ido forjando e integrando en sus prácticas y su *ethos*, quedando así patente que éstas se inscriben en un empeño que podríamos tildar sin resultar exagerados de secular. Es así, y no inventando el mundo de nuevo cada día, como se van desarrollando las prácticas educativas más valiosas de la actualidad.

Quizá la segunda sección del libro, que se centra en el papel que juega la educación lingüística en la atención a la diversidad, sea la que muestre más tensión de todas. Se abre con un trabajo firmado por Armando López Valero e Isabel Jerez Martínez en el que se analiza el concepto de persona en la DLL y sus implicaciones para la diversidad. Es notable el esfuerzo de ambos autores por contribuir a forjar una DLL que no eluda su responsabilidad en tanto disciplina de intervención social. En su visión, la DLL, aunque “ubicada en el ámbito de las ciencias sociales, tiene como interés al ser humano como sujeto/objeto de las mismas” (p. 80). Pautas para una didáctica del discurso en una escuela diversa e inclusiva es lo que nos ofrece María del Carmen Quiles Cabrera en el trabajo que sigue a éste. Se centra Quiles con gran detenimiento en “los usos del lenguaje en los distintos contextos sociales y su capacidad para convertirse en un instrumento de inclusión o, por el contrario, de discriminación y segregación” (p. 91). De corte más práctico, Asunción Barreras Gómez aporta un trabajo para el aprendizaje y la enseñanza del inglés en niños con dislexia durante la etapa de educación primaria. Y, en cierto modo, de naturaleza más técnica viene a ser el trabajo de Eurne Chocarro de Luis sobre los sistemas de comunicación aumentativa y alternativa, con especial atención a los pictogramas. La sección se cierra con un potente artículo de Antonio Daniel Fuentes González acerca de las dificultades que afronta hoy por hoy una educación lingüística ciudadana. En resumen, ésta se enfrenta a retos tan serios como el de no saber –o no poder– propiciar “la conversión de la lengua-asignatura en lengua discursivo-vivencial” (p. 146).

Decíamos, no obstante, que esta segunda sección se caracteriza por una especial tensión. Así lo creemos por la inclusión de aportaciones que, proponiéndoselo o no, dan buena cuenta de ciertas dialécticas que atañen en la actualidad a la siempre difícil configuración epistemológica de la DLL y a su papel en esa educación inclusiva que defiende este libro desde sus primeras páginas. Asuman aquí, entre otras cuestiones, la de la problemática caracterización de la DLL como ciencia social. Piensa quien firma esta reseña que, en realidad, quizá debiera nuestra área deshacerse de ese marchamo para empezar a considerarse a sí misma una disciplina híbrida acaso más cercana al campo de las humanidades que a cualquier otro. De las fisuras que de ese diálogo se derivan, y que aquí se recogen, una es sin duda la pugna no del todo resuelta entre la primacía más o menos instaurada de un discurso que se pretende esencialmente técnico y otro más militantemente crítico que lucha por abrirse camino. A este respecto, el abanico de posiciones de todo rango que nos brinda este libro lo convierten, de eso estamos convencidos, en toda una referencia no sólo en lo que al estudio de la diversidad respecta, sino también en lo concerniente al estado en el que se encuentra y desenvuelve el campo de la educación lingüística y literaria en la actualidad.

La tercera y última sección, especialmente extensa, centra su foco de interés en la educación literaria de cara a la atención a la diversidad. Como celebración de esta última se entienden los clubes de lectura en el trabajo de Mar Campos Fernández-Fígares, quien nos invita a buscar en ellos “un foro en el que, al tiempo que potenciemos la formación lectora, también lo hagamos con el valor intercultural,

la capacidad de los lectores para empatizar con el otro, para comprender que el mundo que nos rodea es variado, diverso y heterogéneo” (p. 156). Por su parte, Eduardo Encabo Fernández y Lourdes Hernández Delgado firman un capítulo en el que se defiende una educación literaria inclusiva a través de un programa muy claro y en muchos aspectos coincidente con el que proponían López Valero y Jerez Martínez en la sección anterior: “la didáctica de la lengua y la literatura tiene el reto de cambiar sus dinámicas hacia prácticas más centradas en la intervención social” (p. 170). Muy lejos de cualquier enfoque tradicional, Eloy Martos Núñez nos habla de los intangibles del patrimonio y el turismo, un fenómeno que a su juicio está suponiendo “una relectura y una reescritura de la tradición” (p. 179). Del cómic entendido “como una herramienta pedagógica atractiva y eficaz” (p. 197) se ocupará Miguel Ángel Muro en un profundo estudio. Corresponde a Aitana Martos García el poner el foco de atención en las representaciones interculturales de animales en el folclore, proponiéndose como objetivo prioritario “una intervención pedagógica en forma de antología de textos y de programas de lectura alternativa con el fin de combatir estereotipos sexistas presentes en estas ficciones” (p. 211). Ítaca Palmer, a su vez, se acerca a los clásicos desde la perspectiva, eminentemente práctica, “de las distintas nacionalidades presentes en el aula” (p. 233). Cierra esta sección un envidiable trabajo de María Carreño López sobre la alteridad que, según declara la autora, persigue “ayudarnos (...) a reflexionar sobre la necesidad de construir espacio público, lugares de diálogo, de consenso y de disentiimiento” (p. 257). Baste decir que lo consigue con creces.

Para quienes nos dedicamos al estudio de la educación literaria y sabemos de sus implicaciones, la lectura de esta última parte del libro supondrá un aldabonazo para deshacernos de la ilusión de uniformidad en nuestra disciplina, pues encontraremos siete estudios de lo más heterogéneo y a cada cual más interesante. Queda claro, en todo caso, que la tradicional perspectiva filológica o los aportes de la teoría de la literatura han dejado un poso en este campo de estudio –véase el trabajo de Carreño López, sin ir más lejos– que convendrá siempre reivindicar, pero también que la categoría más general de “cultura” es el terreno en el que en la actualidad se encuentran, se enun-

cian, se confrontan y, a veces, hasta se resuelven los diversos desafíos surgidos de esa ligazón tan necesaria que existe entre la literatura, la educación y la escuela.

Son en total quince los estudios que recoge este libro, pero muchos más los problemas que en cada uno de ellos se abordan con solvencia. Sea cual sea el rumbo que tome la educación lingüística y literaria en el siglo XXI, es innegable que la mayoría de sus direcciones posibles se intuyen ya trazadas y perfiladas en este volumen. Por eso habrá no sólo que conocerlo de cara a nuestra práctica profesional, sino sobre todo que volver a él a menudo en el futuro.